

**HISTORIA DE LA FILOSOFÍA
ESPAÑOLA DEL SIGLO XX**

COLECCIÓN

PENSAMIENTO IBERICO E HISPANOAMERICANO

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

Cristina Hermida del Llano. Universidad Rey Juan Carlos. España

María Idoya Zorroza Huarte. Universidad Pontificia de Salamanca. España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Virginia Aspe Armella. Universidad Panamericana. México.

Oscar Barroso Fernández. Universidad de Granada. España.

Pedro Calafate. Universidade de Lisboa. Portugal.

Antonio Heredia Soriano. Universidad de Salamanca. España

Rafael Herrera Guillén. Universidad Nacional de Educación a Distancia. España

Jorge Novella Suárez. Universidad de Murcia. España.

Delia María Manzanero Fernández. Universidad Rey Juan Carlos. España.

Ricardo Jesús Pinilla Burgos. Universidad Pontificia Comillas. España.

Rafael V. Orden Jiménez. Universidad Complutense de Madrid. España

Antolín Sánchez-Cuervo. CSIC. España.

Juana Sánchez-Gey Venegas. Universidad Autónoma de Madrid. España

Armando Savignano. Università degli studi di Trieste. Italia.

Manuel Suances Marcos. Universidad Nacional de Educación a Distancia. España

PATROCINIO CIENTÍFICO: ASOCIACIÓN DE HISPANISMO FILOSÓFICO

ARMANDO SAVIGNANO

**HISTORIA DE LA FILOSOFÍA
ESPAÑOLA DEL SIGLO XX**



1ª edición, 2018

© Armando Savignano

© 2018, editorial Sindéresis

Calle Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España
Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-16262-46-5

Depósito legal: M-1289-2018

Produce: Óscar Alba Ramos

Título original: *Storia della filosofia spagnola del XX secolo*, Morcelliana, Brescia 2016.

Traducción de D. José Luis Guzón Nestar

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

A mi familia

ÍNDICE

Prefacio	15
Saludo	21
Introducción	23
Capítulo I. La generación del 98 y A. Machado	25
1. La regeneración nacional	25
2. Pesimismo ontológico y nihilismo	33
3. Poesía y filosofía en Antonio Machado	40
4. Bibliografía	52
Capítulo II. M. de Unamuno. El sentimiento trágico de la vida	55
1. Los escritos juveniles	55
2. La fe creadora y el ideal quijotesco	63
3. El sentimiento trágico de la vida	68
4. Filosofía y religión	74
5. El misterio de la personalidad	76
6. Bibliografía	77
Capítulo III. La filosofía catalana	83
1. Del modernismo al “noucentisme”	83
2. E. D'Ors y el pensamiento figurativo	88
3. La “Escuela de Barcelona”: Joaquín Xirau y la metafísica del amor	94
4. Bibliografía	101
Capítulo IV. Dos filósofos independientes: Santayana y Amor Ruibal	105
1. Jorge Santayana: escepticismo y fe animal	105
2. Ángel Amor Ruibal y el correlacionismo	109
3. Bibliografía	117
Capítulo V. La razón vital e histórica: José Ortega y Gasset	121
1. Una generación de intelectuales	121
2. Los escritos juveniles de Ortega	125
3. Antropología y ética	140
4. La ontología de la vida como biografía e historia	146
5. La razón histórica	155
6. El radicalismo y el final de la filosofía	157
7. Sociología y filosofía política	159
8. Bibliografía	164

Capítulo VII. Julián Marías y el personalismo vital	176
1. Una vida en la verdad y en la responsabilidad	176
2. María y la filosofía española	184
3. La estructura empírica de la vida humana	194
4. La teoría de la persona	198
5. Bibliografía	208
Capítulo VIII. X. Zubiri y el realismo de la actualidad	209
1. Itinerario intelectual	209
2. La inteligencia humana y la realidad	217
3. El hombre y Dios	228
4. Bibliografía	235
Capítulo IX. La filosofía de la liberación de Ellacuría	237
1. Filosofía de la realidad histórica	238
2. Praxis y liberación	244
3. Bibliografía	247
Capítulo X. De la utopía republicana al exilio	249
1. La nueva generación y el socialismo	249
2. M. Azaña: la utopía republicana	254
3. El exilio filosófico de 1936–1939	258
4. Bibliografía	263
Capítulo XI. La herencia de Ortega en los pensadores del exilio	265
1. José Gaos y la filosofía de la filosofía	265
2. M. Granell y la etología	272
3. La filosofía del derecho de L. Recaséns Siches	274
4. Bibliografía	276
Capítulo XII. La generación del 27 y María Zambrano	277
1. La generación del 27: vanguardia y surrealismo	277
2. Zambrano: de la razón poética a la mística	279
3. Los escritos juveniles y el compromiso político	291
4. La inmensidad del exilio	294
5. Teoría de la razón poética	296
6. Mito, filosofía y religión	303
7. Claros del bosque	306
8. Bibliografía	309

Capítulo XIII. Crítica de la diferencia en Rosa Chacel	311
1. La revolución erótica del siglo XX	312
2. La tarea de la mujer en nuestro tiempo	321
3. Bibliografía	326
Capítulo XIV. El exilio entre historia y metahistoria	327
1. J. Larrea: filosofía de la historia y apocalipsis	327
2. José Bergamín y el eterno exiliado	328
3. Eugenio Imaz y el humanismo historicista	332
4. Bibliografía	335
Capítulo XV. Por una crítica de la razón simbólica: E. Nicol	337
1. La metafísica de la expresión	337
2. El hombre, ser de la expresión	339
3. El problema de la filosofía española	340
4. Razón instrumental y final de la filosofía	345
5. Bibliografía	346
Capítulo XVI. García Bacca: metafísica y técnica	347
1. Itinerario intelectual y existencial	347
2. La nueva metafísica	351
3. Bibliografía	356
Capítulo XVII. La filosofía en la era franquista (1939–1975)	357
1. La generación del 36	357
2. Aranguren: ética, religión y política	358
3. Ferrater Mora: el integracionismo	366
4. Bibliografía	374
Capítulo XVIII. P. Laín Entralgo y la filosofía de la medicina	377
1. Laín, <i>medicus Hispaniae</i>	377
2. Antropología médica	381
3. La concepción corporalista	385
4. La relación entre médico y enfermo: la amistad médica	391
5. Bibliografía	393
Capítulo XIX. Tierno Galván	395
1. La generación del 56	395
2. Analítica y dialéctica	396
3. Bibliografía	402

Capítulo XX. La filosofía española actual	403
1. La transición democrática	403
2. La generación de la postguerra	406
3. La filosofía "materialista" de Gustavo Bueno	409
4. Filosofía y religión en José Gómez Caffarena	411
5. Los filósofos jóvenes	414
6. Filosofía moral	418
7. Adela Cortina y la ética mínima	424
8. Filosofía del Arte y de la estética	426
9. Filosofía política	429
10. Filosofía e historia de la filosofía	431
11. Bibliografía	434
Capítulo XXI. Eugenio Trías y la filosofía del límite	439
1. La estética y la música	440
2. La ontología del límite	443
3. Filosofía de la religión	446
4. Bibliografía	448
Bibliografía general	449
Índice onomástico	451

PREMISA A LA NUEVA EDICIÓN

Al terminar este libro, a las necesarias actualizaciones bibliográficas, respecto a la primera edición¹, se añaden algunos capítulos dedicados: a la Escuela de Madrid, con particular referencia a la figura de Julián Marías; a la filosofía de la liberación, especialmente el testimonio de Ignacio Ellacuría; a las cuestiones de género, con renovada atención al papel de Rosa Chacel; al original pensamiento de Eugenio Trías, prematuramente desaparecido; finalmente, a la filosofía española de los últimos cincuenta años, como prueba de la vitalidad de dicho pensamiento en diálogo con el mundo latinoamericano y, obviamente, con la filosofía europea.

A.S.

¹ A. Savignano, *Panorama della filosofia spagnola del Novecento*, Genova-Milano 2005.

PREFACIO

La distancia histórica otorga una perspectiva a las cosas que ninguna otra cosa puede medir; no obstante, al mismo tiempo, la distancia respecto al pasado impide el relieve, la réplica, el calor de los días que con su afán cotidiano generan un *humus* que choca al hombre: no se puede al mismo tiempo estar en la procesión y tocar las campanas. También quien hace la historia nos ofrece un precipitado caprichoso impregnado de presencias y de ausencias: no solo de presencias, sino también de olvidos conscientes e inconscientes. Es la mismísima consecuencia que extraigo de mi tesis de doctorado sobre Husserl y es que la única imposibilidad de una *epoché* bien hecha es la *epoché* misma. Cualquier historiador de la filosofía viene a ser un narrador regional, siendo discutibles los criterios con los que excluye o incluye a un pensador, ni sus mesas de presencia, ausencia y gradación implican una rigurosa objetividad: no hay más rigor en una historia de la filosofía que el *rigor mortis*. No se trata de ser escépticos, pero deshojar una historia de la filosofía puede dar a muchos la impresión de entrar en un manicomio donde todos rechazan todo. He aquí porque esta historia del profesor Savignano, tan aguda, creativa y atenta sabiamente a los datos, me ha parecido tan interesante en cuanto muestra cómo la filosofía cambió y no obstante hay en ella algo que no se muda, subrayando el hilo conductor, es decir la búsqueda sin fin, que fundamenta la esperanza y no la desesperación.

Los hunos Ellac y Ornebog, jefes de una de las más temibles invasiones que haya golpeado Occidente, se pararon delante de un cúmulo de cadáveres víctimas de la destrucción y del incendio de un monasterio; en medio, quemados y casi indescifrables, había algunos códices de la biblioteca destruida. Ornebog cortó con la espada uno de los libros: “¿Para qué sirven estos garabatos, hermano?”. Ellac, que conocía un poco de latín, replicó: “Sabiduría occidental, hermano. Alguno que se llamaba Boecio llenó estos folios donde creo que haya cosas bonitas referentes a la consolación de la filosofía”. Después de haber reflexionado un poco, Ornebog replicó: “¿Filosofía? ¿Qué relación tiene con la consolación?”. “No se trata -dijo Ellac- de una mujer, ni se refiere al aguardiente. Mira, cuando alguno no sabe porqué está en el mundo y se le mete en la cabeza saberlo, he aquí lo que Occidente

llama *filosofía*. He oído decir que el autor de estas páginas lloraba prisionero en una torre de Pavía hasta que lo mataron a bastonazos". Replicó Ornebog: "Le estuvo bien. Quien va a caballo, armado de espada, sabe qué significa estar en el mundo. Y si no lo hubiéramos sabido mejor del que trazó estos garabatos sobre la piel de un asno, no estaríamos aquí, sino huyendo". Después de haber callado durante un poco de tiempo, se dirigió de nuevo a su compañero: "¿Sabes qué es de verdad haber inventado la filosofía?". "¿Por qué?" "Porque quien tiene en mano una pluma, jamás empuñará una espada para clavarla en la carne. Y cien almas de cántaro de más, son cien caballeros de menos".

Respecto a todo esto, ¿qué han sido, qué hemos sido nosotros? "Cuando se convirtió al catolicismo –dijo Napoleón al Consejo de Estado– he aquí cómo he terminado la guerra *de la Vendée*; convirtiéndome en musulmán me he establecido en Egipto y haciéndome ultramontano he conquistado el clero en Italia; si hubiera gobernado el pueblo hebreo, habría reconstruido el templo de Salomón". Nosotros que somos mayores hemos visto con estupor el flujo y reflujo de los pensadores, su habilitación, inhabilitación y rehabilitación, su esplendor y ocaso, y además hemos asistido a las modas: por hablar solo de España, en la Universidad Complutense de Madrid, primero como estudiante y después como docente he visto la cuna de la filosofía acunada por muchas narraciones. Antes de nada, el tomismo (González Álvarez), después el suarecismo (sí, el suareciano Rábade), Sartre, Marx y corrientes que se refieren a Nietzsche, al Círculo de Viena y Wittgenstein, el estructuralismo, a la postmodernidad y, finalmente, nada de nada: *parturibat mons peperitque minusculum murem*. Para mi desgracia he sido literalmente el último testigo de la última teodicea en España. "Me ha desagrado mucho la desaparición de los tranvías; es como si hubiera perdido algo mío. Algunos de mis amigos se convirtieron en conductores o pasaron a la Empresa Municipal de transportes. Yo no lo he hecho porque me faltaba un año para la jubilación que precisamente he anticipado. He estado en el último tranvía", decía con tristeza Antón González. También mis tranvías han sido cerrados, amigo Antón, ante todo el que guía la teodicea, después la filosofía de la religión y finalmente el de la fenomenología de la religión; por consiguiente, no tengo ningún tranvía que conducir en cuanto se trata de disciplinas que, después de Bolonia, han desaparecido en el ámbito europeo. No se preocupen mis pasajeros: dentro o fuera de la universidad conduciré siempre tranvías hasta el fin de mis días; aun siendo jubilado, no obstante con júbilo. De la filosofía de ayer y de hoy todo pasa y nada queda. Sabemos que los filósofos clásicos existen, pero ¿insisten todavía entre nosotros? Según Zubiri "los griegos somos nosotros", pero hoy lo somos

solamente –Italia, España, Portugal y la misma Grecia- en cuanto náufragos rescatados por la Alemania de Volkswagen, que no es ni siquiera a estas alturas –por volver a Zubiri- la patria de Hegel, “madurez intelectual de Europa”.

Hay tiempos mejores y peores, pero también en estos es necesario continuar modelando las piedras, porque el caballo alado espera ser descubierto por alguna causalidad formal que lo esculpa y lo rescate de su sueño en la piedra informe. De este amor brota la sabiduría filosófica. Como predijo un ilustre español exiliado en México, José Gaos:

“Es *naturalmente* imposible que entre cien profesores de cualquier disciplina no haya unos noventa a lo sumo mediocres. Pues, ¿qué decir de mil estudiantes de la misma disciplina? Oh, el peso descendente, en sentido *activo*, de novecientos estudiantes mediocres, esto es, que se movilizarán en conspiración permanente, infatigable, implacable, para lograr la rebaja de todas las exigencias de suficiencia, a fin de acabar los estudios y hacerse con el título con los menores esfuerzos posibles. Si factible les es, disertarán las aulas de los profesores ‘exigentes’, para henchir las de los “facilitones”, que suelen ser, respectivamente, las de los más y los menos competentes, porque en las “facilidades” suele buscarse y encontrarse el remedio a la falta de atractivo de la incompetencia. [...] Sólo que lo que hay en realidad es una pugna históricamente dramática entre la aspiración de las masas mismas a su ascenso cultural y la avaricia de la naturaleza con las dotes humanas que pesa como lastre contra tal ascensión”.

Gracias maestro. Para creer en la filosofía es necesario creer en las personas más que en la bibliografía, sin embargo amamos mucho las bibliotecas donde hemos dejado nuestra espalda y nuestros ojos cansados, razón por la cual invitamos al poeta Federico García Lorca:

"Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. 'Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre', piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía. Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza.

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de

reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: ‘amor, amor’, y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso Fëdor Dostoyevsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: ‘¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!’. Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: ‘Cultura’. Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.²

Otros, con García Lorca, reman en la misma barca:

“Jamás olvidaré el tipo de lector subterráneo que encontré un día en Nueva York, o mejor, en el subsuelo; cuando yo y él, con otros centenares de personas que formábamos una gran muchedumbre en el metro, corríamos hacia nuestros ocios y ocupaciones. Estaba en pie y con una mano se sostenía a una empuñadura de cuero, unida a una barra para asegurar precariamente su estabilidad contra toda una serie de sacudidas, agitaciones y sobresaltos, que imponen a nuestros cuerpos mortales rápidas contorsiones. Porque era bajo de estatuta, y debía estirarse un poco, la postura resultaba algo forzada y su figura, lejana a toda gallardía humana, parece casi una reminiscencia

² Discurso de García Lorca para la inauguración de la biblioteca de su pueblo Fuente Vaqueros, Granada, en septiembre de 1931.

del mono que cuelga de los barrotes de una jaula. Pero la dignidad que podía faltar a su mano izquierda era compensada abundantemente por la mano derecha con la cual tenía abierto a la altura de los ojos un libro de Plotino. Cuando la agitación y peripecias del viaje hacían correr el riesgo de caerlo, lo elevaba sin dejar de leerlo siguiéndolo la mirada siempre fija en la página. Ni los empujones lo separaban del libro, ni los horrendos estruendos metálicos, en sus infinitas variaciones, lo distraían, ni las violentas vibraciones lo fatigaban. Lo observé un poco aturdido y le ofrecí un silencioso y fervido tributo que no llegará a conocer [...]. Y ahora, delante a este héroe desfilaron en mi imaginación la celda del monje, el estudio del humanista, la buhardilla del poeta romántico, todos los lugares de lectura”.

Filosofar es continuar remando aunque sea contracorriente. Werner Jäger recordaba que

“Lo que salta claramente a la vista en la figura humana de estos primeros filósofos es su consagración incondicional al conocimiento, al estudio y la profundización del ser por sí mismo. La sosegada indiferencia de aquellos investigadores por las cosas que parecían importantes al resto de los hombres, como el dinero, el honor, e incluso la casa y la familia; su aparente ceguera para sus propios intereses y su indiferencia ante las emociones de la plaza pública, dieron lugar a las conocidas anécdotas relativas a la actitud espiritual de aquellos. En estas anécdotas, el filósofo es el gran extravagante, algo misterioso, pero digno de estima, que se levanta por encima de la sociedad de los hombres, o se separa deliberadamente de ella para consagrarse a sus estudios. Es ingenuo como un niño, torpe y poco práctico y existe fuera de las condiciones del espacio y del tiempo. El sabio Tales, abstraído por la observación de algún fenómeno celeste, cae en un pozo, y su criada, natural de Tracia, se burla de él porque quiere saber las cosas del cielo y no ve lo que hay bajo sus pies. Pitágoras, al serle preguntado por qué vive, responde: Para considerar el cielo y las estrellas. Anaxágoras, acusado de no cuidar de su familia ni de su patria, señala con la mano hacia el cielo y dice: Allí está mi patria. Común a todos es esta incomprensible consagración al conocimiento del cosmos, a la *meteorología*, como se decía todavía entonces en un sentido más amplio y más profundo, es decir, a la ciencia de las cosas de lo alto. La conducta y las aspiraciones de los filósofos son excesivas y extravagantes en el sentir del pueblo, y la creencia popular de los griegos es que aquellos hombres sutiles y cavilosos son desgraciados porque son *perittói*. Esto es intraducible, pero se refiere evidentemente a la *hybris*, pues el pensador traspasa los límites trazados al espíritu humano por la envidia de los dioses”.

Me permito disentir sobre un punto: los filósofos, que no son dioses, actúan a veces como los dioses, especialmente según la afirmación de Homero: “Los molinos de los dioses muelen despacio”. El pensamiento es una tortuga (*tartarougos*) que avanza como un asno pero sostiene con su humilde estudio y su abnegación nada menos que el Tártaro. El primer libro de relieve no escribe tocando y estando al mismo en la procesión, sino *nocte dieque incubando*. Están hechos de sudor cuando salen de la oscuridad a la luz.

Nada de todo esto se escapa a esta obra de Armando Savignano, *Storia della filosofia spagnola del XX secolo*, de cuya selección de autores me complazco y en ciertos momentos me reconozco con plena conciencia. Gracias por tu quijotismo, maestro: adelante, hay sol todavía en las bardas de Don Quijote. Entre tantas cosas alegres que se encuentran en el *Quijote* conocemos también uvas agrestes de sabor agridulce, una de las cuales tiene que ver con la historia de cuando el caballero de la Mancha recupera el sentido:

“¡Ay! –respondió Sancho llorando-, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana [...]. Señores –dijo don Quijote-, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo, fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno [...]. Es mi voluntad que, si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías, y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad”.

Carlos Díaz

SALUDO

Estas breves líneas no tienen la pretensión de ser un prólogo a la obra informada y minuciosa del profesor Savignano. Solo pretenden constituir un homenaje a su trabajo, a la par que agradecerle su consideración generosa de lo más relevante del pensamiento español del siglo XX. En ocasiones, la mirada foránea descubre en una cultura aspectos más sugestivos o pertinentes que los que resultan *prima facie* evidentes a quienes están inmersos en ella...

Hace años, en una discusión amistosa con un colega francés, le reprochaba yo que no mostrase por los filósofos españoles el mismo interés que profesaba a nuestros poetas, nuestros novelistas o nuestros pintores. Me respondió: «Mira, si mañana te anunciaran que va a torear un matador alemán, ¿te apresurarías a ir a la plaza para verle? Pues para mí un filósofo español es tan atractivo como para ti un torero alemán». Se trataba, por supuesto, de una *boutade* y no era la primera vez que la oía. Pero reproducía un extendido prejuicio que establece la supuesta incapacidad hispánica para las tareas más abstractas y formales de la reflexión. Prejuicio, todo hay que decirlo, que hasta hace no mucho ha compartido también buena parte del público español con los críticos extranjeros. Aún hoy, la mayoría de los libros filosóficos destacados firmados por autores hispánicos abundan mucho más en la cita y el comentario de franceses, alemanes o italianos que en la consideración, aunque sea polémica, de pensadores nacionales. Creo que esa tendencia está cambiando y a ello pueden contribuir sin duda libros como este del profesor Savignano.

Siempre ha solido decirse que nuestra tradición hispánica ha adolecido de escasa filosofía en el sentido académico estricto del término y que los representantes del pensamiento más innovador han sido místicos, literatos reflexivos o incluso científicos con afanes teoréticos. Quizá en otras épocas esto puede haber constituido un defecto, pero en la era contemporánea constituye más bien un signo de adecuación a la modernidad. La labor periodística de Ortega y Unamuno, los apólogos inclasificables del *Juan de Mairena* de Antonio Machado, los espléndidos *Diálogos en el limbo* de George Santayana, los ejercicios de razón poética de María Zambrano, etc... aportan un estilo de pensamiento sin jerga ni impostación, lleno de cercanía a las preocupaciones

vitales de cualquier lector y no solo de los especialistas, que sintoniza con lo más característico de lo que hoy apreciamos en el terreno intelectual. Sin exaltaciones chovinistas podemos decir que lo que ahora se piensa y escribe en España puede parangonarse con lo más interesante en el mismo campo de la producción europea. Merece la pena pues efectuar una revisión sucinta y concreta del inmediato pasado que precede nuestro esfuerzo actual. Por ello es de agradecer la sugestiva travesía que el profesor Savignano nos propone en su obra: ¡salve!

Fernando Savater

INTRODUCCIÓN

Que España se haya ahorrado la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, incluso si ha tenido que someterse a otra desgracia –la dictadura franquista– puede generar la sospecha –por otra parte infundada– que ha permanecido, al menos en parte, ajena a la compleja angustia espiritual, especialmente a aquel desorden de la razón que ha caracterizado la situación cultural europea en los primeros cincuenta años del siglo XX. La identidad de la filosofía española ha sido objeto de vivas disputas; basta con referirse a M. de la Revilla, que era fuertemente crítico sobre las aportaciones originales hechas por los pensadores ibéricos; y a M. Menéndez y Pelayo, que exaltaba sus rasgos peculiares. Esta controversia remite al problema de la existencia de filosofías nacionales. Aun siendo la filosofía de carácter universal y, por tanto, a pesar de trascender las fronteras geográficas, no se puede minusvalorar al mismo tiempo, sin embargo, la importancia de un *situs* y de un *locus* en el cual se originan y se desarrollan ciertas teorías. Esto no implica, obviamente, concesión alguna a tentaciones nacionalistas, las cuales han sido precursoras de tantas desgracias en el curso de la historia. Sea lo que sea de esta *vexata quaestio*, el problema resulta más agudo cuando se trata de la Península Ibérica.

Sin embargo, para dirimir tales controversias, no queda más que examinar tendencias, figuras, movimientos y corrientes del complejo mundo hispánico, desde las que mostrar los elementos más significativos en el ámbito de la filosofía universal sin descuidar la peculiar situación social, religiosa y cultural de la cual han surgido. Con este propósito, mucho se ha discutido entre los diversos autores de las historias de la filosofía española acerca de los métodos, temas y problemas que afrontar ante el específico contexto histórico-cultural. En síntesis, se puede partir del método de las generaciones, tal como ha sido delineado por J. Ortega y Gasset,³ sin descuidar las diversas escuelas filosóficas en el horizonte del peculiar contexto histórico-social. Desde un punto de vista temático, es indudablemente el

³ Sobre el tema de las generaciones, cf. J. Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, en *Obras*, Madrid 1964⁶, t.V. J. Marías, *El método histórico de las generaciones*, 1949, en *Obras*, Madrid 1970, VI 12–172. N. Jansen, *Generation Theory*, Johannesburg 1975. W. Pinder, *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europa*, Leipzig 1926.

problema de la vida en relación con la razón en su datidad individual e histórica en el ámbito de preocupaciones ético-antropológicas el que se constituye como hilo conductor y cauce en el que confluyen las múltiples reflexiones y la aportación original, más que de la filosofía, del pensamiento español, al menos en el siglo XX.